

Tercer poema de los dones

Leer, leer, leer. Atropellar las letras con los ojos, de a kilómetros, de a kilos, de a días. No preocuparme por las percepciones de mis sentidos engañosos, fácilmente intuibles luego, en su ambigüedad, ya en la penumbra; disciplinar los ojos, convertir en puro ojos la disciplina y llenar las horas (también las del sueño) con lecturas.

Al principio fue el apremio del entorno: así se sujeta el libro, la espalda derecha; luego esta ansiedad que nunca cesa, de ultimar cualquier biblioteca antes del triunfo de las sombras, de la vida de topo, del eterno despertar cataléptico con un ataúd en los ojos, que habrán sufrido padre, mi abuelo, el primero de los varones de mi estirpe. Homero. Rasgo atávico, temible sólo por su ausencia, aceptable con cierto regodeo en el dolor, oculto con cierto cinismo irónico (así, es notorio, el efecto es mayor).

Quizás sólo cuando pasen los años me preguntaré sin dejar mi sonrisa si no habrá sido menos la genética que la costumbre familiar; si después de jornadas y jornadas de leer todos los libros, no habré fraguado un poco adrede ese descanso, esa ocasión para la mollicie, ese mimo, y no la causalidad inversa; si no habré cedido en parte a la fascinación de haber escrito ese poema de fuentes, libros, cenizas vagas y olvidos.

Madre me puso por primera vez un libro entre las manos, y siempre me alentó en mi solitario vicio, afirmando que tenía poco tiempo.

Será un descanso de esa madre la ceguera; y en mi paulatina condición, los sentidos restantes me recordará a otro que no recuerdo que fui.

Madre jamás sabrá, mientras me lea en voz alta, que yo seguiré leyendo a escondidas.

Pablo Cortés Gamas
Sto. Año Letras.